

Solicítala en oro transformado,  
Y al vil metal con altivez desecha;  
Busca al vano favor; no le aprovecha,  
Quedando en pruebas mil siempre burlado.  
Válese al fin de Tirsi, que la adora;  
Llama al tierno Himeneo, y oficioso,  
De la mano la arrastra al nupcial lecho.  
Victoria canta el dios; de la pastora  
Cesa el desden, y en llanto delicioso,  
Cual nieve al sol, se le derrite el pecho.

## SONETO V.

## LA PALOMA.

Suelta mi palomita pequesuelo,  
Y déjamela libre, ladrón fiero;  
Suéltamela, pues ves cuánto la quiero,  
Y mi dolor con ella se consuela.  
Tú allá me la entretienes con cautela;  
Dos noches no ha venido, aunque la espero.  
¡Ay! si ésta se detiene, cierto muero;  
Suéltala, ¡oh crudo! y tú verás cuál vuela.  
Si señas quieres, el color de nieve,  
Manchadas las alitas, amorosa  
La vista, y el arrullo soberano,  
Lumbroso el cuello, y el piquito breve....  
Mas suéltala y verás la bulliciosa  
Cual viene y pica de mi palma el grano.

## SONETO VI.

## LAS ILUSIONES DE LA AUSENCIA.

Ora pienso yo ver á mi señora  
De donosa aldeana, y que el cabello  
Libre le vaga por el albo cuello,  
Cantando alegre al despertar la aurora;  
Ya en pellico y cayada de pastora  
Los corderillos guía, y suelta al vellos  
Por el prado brincar, corre en pos de ellos;  
Ya en ocio blando en la cabaña mora.  
Tierna ora ríe, y va cogiendo flores;  
A caza ora tras ella el monte sigo,  
Y bailar en la fiesta ora la veo.  
Así ausente me alivio en mis dolores;  
Y aunque sueño de amor es cuanto digo,  
El alma siente un celestial recreo.

## SONETO VII.

## EL RUEGO Y LA CRUELDAD.

Huyes, Cínaris bella y desdenosa,  
De mil dulces palabras olvidada,  
Ni vuelves hacia mí la faz rosada,  
Ni mi voz oyes por correr furiosa.  
¡Ah! tente, tente, á mi dolor piadosa;  
Tente, y yo callaré; no tu nevada  
Planta la selva hiera enmarañada,  
Cual la de Venus cuando erró llorosa,  
Ni aun respirar ya puedes, de rendida.  
Vuelve... ¡ay! ¡ay! vuelve... mas, ¡dolor agudo!  
Que por mejor correr suelta el cayado.  
Vuelve...—dijo Damon; pero no oída  
De la ingrata su voz, seguir no pudo,  
En encendidas lágrimas bañado.

## SONETO VIII.

## EL DESEO Y LA DESCONFIANZA.

¡Oh, si el dolor que siento se acabara,  
Y el bien que tanto anhelo se cumpliera!  
¡Cómo, por desdichado que ora fuere,  
La más alta ventura no envidiara!  
Con la esperanza sola me aliviara;  
Y por mucho que en tanto padeciera,  
El gozo de que el mal su fin tuviera,  
Lo amargo de la pena al fin templara.  
Por un instante de placer que hubiera,  
Con júbilo mis ansias sufriría,

Ni en su eterno durar desfalleciera.  
Pero si es tal la desventura mia,  
Que huyendo el bien, el daño persevera,  
¡Qué aguardar puedo en mi letal portia!

## SONETO IX.

## EL PROPÓSITO INÚTIL.

Tiempo, adorada, fué cuando abrasado  
Al fuego de tus lumbres celestiales,  
Osé mi honesta fe, mis dulces males  
Cantar sin miedo en verso regalado...  
¡Qué de veces en lágrimas bañado  
Me halló el alba besando tus umbrales,  
O la lóbrega noche, siempre iguales  
Mi ciego anhelo y tu desden helado!  
Pasó aquel tiempo, mas la viva llama  
De mi fiel pecho inextinguible dura,  
Y hablar no puedo aunque morir me veo.  
Huyo, y muy más mi corazón se inflama;  
Juro olvidarte, y crece mi ternura,  
Y siempre á la razón vence el deseo.

## SONETO X.

## LA ESQUIVEZ VENCIDA.

No temas, simplecilla; del dichoso  
Galan pastor no tardes la ventura;  
Apenado á ti corre; su ternura  
Premio al fin halle, y su anhelar reposo.  
De rosa en la coyunda el cuello hermoso  
Pon al yugo feliz; la copa apura  
Que amor te brinda; y de triunfar segura,  
Entra en lides suaves con tu esposo.  
¡La vista torna! ¡del nupcial abrazo  
Huyes tímida, y culpas sus ardores,  
En rubor virginal la faz teñida!  
Mas Venus... Venus... su genial regazo  
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,  
Que Filis coge y la esquivaz olvida.

## SONETO XI.

## LAS ARMAS DEL AMOR.

De tus doradas hebras, mi señora,  
Amor formó los lazos para asirme;  
De tus lindos hojuelos, para herirme,  
Las flechas y la llama abrasadora.  
Tu dulce boca, que el carmin colora,  
Su púrpura le dió para rendirme;  
Tus manos, si al encanto quise huirme,  
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.  
Tu voz suave, tu desden fingido  
Y el albo seno, do el placer se anida,  
Pábulo añaden al ardor primero.  
Amor con tales armas me ha rendido;  
¡Ay armas celestiales! ¡ay mi vida!  
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

## SONETO XII.

## LA HUMILDE RECONVENCION.

Dame, traidor Aminta, y jamás sea  
Tu cándida Amarili desdenosa,  
La guirnalda de flores olorosa  
Que á mis sienes ciñó la tierna Alcea.  
¡Ay! dámela, críel; y si aun desea  
Tomar venganza tu pasión celosa,  
Hé aquí de mi manada una amorosa  
Cordera; en torno fenecer la vea.  
¡Ay! dámela, no tardes, que el precioso  
Cabello ornó de la pastora mia,  
Muy más que el oro del Ofir luciente,  
Cuando cantando en ademán gracioso  
Y halagüeño mirar, merecí un día  
Ceñir con ella su serena frente.

## SONETO XIII.

## LA RESIGNACION AMOROSA.

¡Qué quieres, crudo amor! Deja al cansado  
Animo respirar solo un momento;  
Baste el veneno en que abrasarme siento,  
Y el dardo agudo al corazón clavado.  
Ni duermo, ni reposo; y de mi lado  
Cual sombra huye el placer; ¡ah! ¡qué lamento  
Suena en mi triste oído! De tormento  
Basta, amor, basta, pues de mí has triunfado.—  
Le ruego así; y á mi dolor movido,  
Él me muestra la lumbre por que muero,  
Pero rayo de angélica hermosura;  
Yo me postro á adorarla, y encendido  
En fuego celestial, penar más quiero,  
Y morir pido como gran ventura.

## SONETO XIV.

## EL RUEGO ENCARECIDO.

Deja ya la cabaña, mi pastora;  
Déjala, mi regalo y gloria mia;  
Ven, que ya en el Oriente raya el día,  
Y el sol las cumbres de los montes dora.  
Ven, y al humilde pecho que te adora,  
Torna con tu presencia la alegría.  
¡Ay! que tardas, y el alma desconfía;  
¡Ay! ven, y alivia mi penar, señora.  
Tejida una guirnalda de mil flores  
Y una fragante delicada rosa  
Te tengo, Filis, ya para en llegando,  
Daréte las cantando mil amores,  
Daréte las, mi bien; y tú amorosa  
Un beso me darás sabroso y blando.

## SONETO XV.

## LOS TRISTES RECUERDOS.

En este valle, do sin seso ahora  
En muda soledad tu malhadado  
Nombre ¡ay Fili! repito, afortunado  
Decirte osé: «Mi corazón te adora.»  
Junto á este arroyo, que tu muerte hora,  
Te hallé cogiendo flores; y turbado  
La guirnalda nupcial en tu dorado  
Cabello puse, y te juré señora.  
Allí nos reveló sus deliciosos  
Misterios la alma Venus, la sagrada  
Tea encendiendo plácido Himeneo.  
¡Ay, dejadme recuerdos dolorosos!  
Mi Fili al claro Olimpo fué robada,  
Y yo en mil ansias fenecer me veo.

## SONETO XVI.

## LA FUGA INÚTIL.

Tímido corzo, de críel acero  
El regalado pecho traspasado,  
Ya el seno de la hierba emponzoñado,  
Por demas huye del veloz montero;  
En vano busca el agua y el ligero  
Cuerpo revuelve hacia el doliente lado;  
Cayó y se agita, y lanza congojado  
La vida en un bramido lastimero.  
Así la flecha al corazón clavada,  
Huyó en vano la muerte, revolviendo  
El ánima á mil partes dolorida;  
Crece el veneno, y de la sangre helada  
Se va el herido corazón cubriendo,  
Y el fin se llega de mi triste vida.

## SONETO XVII.

## EN UNAS BODAS.

Hé aquí el lecho nupcial; ¡tiemblas, amada,  
Y para tí le ornó, de gozo llena  
Tu tierna madre? El corazón serena,

II. Ps.-XVIII.

Y de santo pudor sube á él velada.  
También yo, como tú, temí engañada  
Doblar el cuello á la feliz cadena;  
Cedí y dichosa fui; tu esposo pena,  
Llega, y colma su suerte afortunada.  
Veo asomar al himeneo santo,  
Que fansta ya Fecundidad te mira,  
Y en maternal amor arder tu pecho.  
Llega.... La virgen, entre risa y llanto,  
Ansia y teme; la madre se retira,  
Y corre honestidad el nupcial lecho.

## SONETO XVIII.

## EL REMORDIMIENTO.

Perdona, bella Cintia, al pecho mio,  
Si evita cauto tu adorable llama;  
Que Fili solo su fineza inflama,  
Y él la idolatra aun en el mármol frio.  
Si amarte intento, del silencio umbrío  
Su voz infausta por venganza clama:  
«¡Así, me dice, ¡oh perdido! se ama!  
¡Ay! ¡tiembla, tiembla mi furor, impío!  
»Vuelveme á mi inocencia y á mi pura  
Candidez virginal; tú de mi pecho  
¡Alevel! ¡alevel! has la virtud lanzado.  
»Vuelveme á mi virtud...» Su sombra oscura  
Me sigue así; y en lágrimas deshecho,  
Me hallo en el duro suelo desmayado.

## SONETO XIX.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON EUGENIO DE LLAGUNO, HABIÉNDOLE NOMBRADO EL REY CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ÓRDEN DE CARLOS TERCERO.

Alivia el peso, soberana Astrea;  
Déjame un hora de feliz reposo;  
El crudo afán de tu servicio honroso  
Ceda una vez á más feliz tarea.  
Santa amistad en celebrar se emplea  
Del claro Elpino galardón glorioso,  
Merced justa de un rey que poderoso  
Su mérito y saber honrar desea.  
Vosotras, Musas, si á mi ruego un día  
Cedisteis gratas, y mi tierno acento  
Oyó afable por vos mi dulce Elpino,  
Prestas volad, decidme mi alegría,  
Del pueblo hispano el general contento,  
De la virtud el júbilo divino.

## ELEGÍAS.

## ELEGÍA PRIMERA.

## EN UN EMPENO TEMERARIO.

Amor, desdenes, ira, y todo junto,  
El poder de la envidia y de los celos,  
Se han unido en mi daño á un solo punto.  
La medrosa inquietud con mil desvelos  
Cubre mi infeliz pecho de amargura;  
Doy lástima á la tierra y á los cielos.  
Yo vi en mi daño una doncella pura,  
Término de beldad, y con mil dones  
Que exceden toda humana criatura.  
Sus ojos son de fuego; sus razones  
Hacen al que las oye temblar luego,  
Y encanta en su saber los corazones.  
Yo la miré, y temí, y un blando fuego  
Sentí que por mis venas discurría,  
Y á todo lo demas halléme ciego.  
Volvíoseme tristeza la alegría,  
La paz del corazón tormenta brava,  
Y oscuridad infausta el albo día.  
Nunca, empero, del daño me apartaba;  
Mas ántes vanamente confiado,  
Del puerto al ancho mar me abandonaba.

Ni de nubes el cielo encapotado,  
Ni de las roncadas olas el bramido,  
Ni el aquilon por ellas despeñado,  
Ni la negra tiniebla, ni el gemido  
De los que anega el mar, ni de mi leño  
El crujió, ni el camino no sabido,  
Bastaron á apartarme del empeño,  
Ni á volverme al lugar do me alejaba;  
Que amor me arrebatara á mi despeño.  
La orilla con los huesos blanqueaba  
De muchos que perdieron ya la vida,  
Y otros el viento por la mar llevaba.  
Yo alegre en tanto, en rápida corrida  
Las olas iba de la mar cortando,  
De la mar, en mi daño embravecida;  
Y en necio error, en el amor fiado,  
Que calmase aguardaba la tormenta,  
Así á solas conmigo razonando:  
«¡Oh flaco corazón! ¡qué te amedrenta?  
¡Qué recelas, cobarde, ó qué te espanta,  
Si un dios tu vela y tu esperanza alienta!  
» ¡Pretendes por ventura gloria tanta  
Sin peligro alcanzar? ¡Ay! que la gloria  
Es sólo del que al riesgo se adelanta,  
» Y aquel solo es el digno de memoria,  
Que trepa á la difícil aspereza,  
Do eterna hará la fama su victoria.  
» ¡No ves, no ves, cuitado, tu bajaza,  
Pues alza ya los ojos á la cumbre  
De aquella sobrehumana gentileza?  
» ¡Oh beatitud celestial! ¡oh lumbré!  
¡Oh angélico semblante! ¡eterno día!  
Tu esplendor fausto mi tiniebla alumbré.  
» Tú mi norte serás, serás mi guía;  
Tú eres mi estrella, tú mi aurora hermosa;  
Tuya es mi libertad y el alma mía.  
» A ti corre mi nave presurosa,  
Tú la encamina al puerto deseado,  
Y á mi vuelve los ojos amorosa.»  
Tal la ruego, y al mar abandonado,  
Paréceme sus olas más serenas,  
Y dolido el amor de mi encaido.  
Así el veneno corre por las venas  
Y en un ardor dulcísimo me abraso,  
Que revuelve en su llama amargas penas.  
¡Diré ¡cuitado! lo que entonces paso,  
Ni el infierno y la gloria que en mi siento?  
Ann con cien lenguas me quedara escaso.  
Qual Tántalo, entre el agua estoy sediento,  
En el medio del fuego estoy helado,  
Y á un tiempo alegre río y me lamento.  
Estoy contra mi propio conjurado,  
Y quiero y aborrezco en solo un punto,  
Y vivo y muero en tan fatal encaido.  
Siento placer y pena todo junto;  
A mi adorada busco, y si la veo,  
Me quedo, en mi dolor, como difunto.  
¡Gloria inmortal del fortunado empleo  
Que en ciego afán codicia mi ternura!  
¡Oh, cuál en tí me afijo y me recreo!  
¡Quién digno se hallará de tal ventura!  
¡A quién, divino amor, á quién espera  
El premio de su angélica hermosura?  
¡Oh, si ganarle yo posible fuerá!  
Suerte mayor no anhela mi deseo;  
Y despues, si así place, al punto muera.  
Mas ¡miserio de mí, que devaneo,  
Y alcanzarla presumo locamente,  
¡Ay, y su altura y mi humildad no veol  
Qual fábula será de gente en gente,  
Y el nombre infausto quedará en el mundo  
De mi temeridad y amor ardiente.  
¡Ciego, dañoso error! ¡en qué me fundo,  
Que á la altísima cumbre de su gloria  
Así aspiro á subir desde el profundo?  
¡Oh caso digno de fatal memorial  
Yo lo alcanzo, señora, lastimado,  
Pero amor lleva siempre la victoria.  
Yo sé que cual gigante despeñado  
Seré al fin, ó cual leaño atrevido,  
En medio el hondo mar precipitado.  
Sé que el ciego me arrastra embebecido

Donde pueda acabarme; sé mi engaño,  
Y cuán alto mi error haya crecido;  
Y el origen fatal de tanto daño  
Sé para más dolor; y sé la llama  
Donde ardi incanto para mal tamaño;  
Y sé cómo el tirano á sí me llama,  
Y á mi rota barquilla en nada ayuda  
Contra el ventoso mar que hinchado brama;  
Todo lo sé, señora; mas no muda  
Su voto amor, ni yo tornar pudiera,  
Pues ya áun me veda que al remedio acuda.  
¡Y qué gloria mayor, puesto que muera,  
Qué fenecer por vos? ¡quién lo alcanzará?  
¡Ay si el crudo me oyese, y luego fuera!  
Mi fatal caso al menos lastimara  
Un pecho en su crudeza empedernido,  
Y áun piadoso quizá mi fin florára.  
Con esto, del camino no sabido  
Pisara yo la senda confiado,  
Y ni sombra tenería, ni alarido.  
Mas ¡ay misero! ¡ay triste! que el airado  
Mar se embravece y amenaza al suelo;  
Y á su furia el amor me ha abandonado.  
Los vientos silban, se oscurece el cielo,  
Cruje frágil el leño, y donde miro,  
Encuentro de la noche el negro velo.  
Me quejo, gimo y por demas suspiro;  
La muerte á todos lados me saltea,  
Y mi barca infeliz perdió ya el giro.  
Tal mercede quien tanto devanea,  
Y á imposibles osado se aventura;  
Si por su daño alguno los desca,  
Sirvale de escarmiento mi locura.

## ELEGÍA II.

## EN LA MUERTE DE FÍLIS (1).

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mío,  
Y al labio salga en dolorido acento  
La aguda pena en que morir porfio.  
Con lastimeros ayes gima el viento,  
Y entre suspiros y mortal quebranto  
La falta de la voz supla el lamento.  
Ciegos los ojos con su amargo llanto,  
Léjos de la alma luz, siempre en oscura  
Noche, fenezcán en desastre tanto.  
Truéqueseme la dicha en desventura,  
Ni jamás bien alguno esperar pueda,  
Pues me robó la muerte mi luz pura.  
¡Fílis! ¡amada Fílis! ¡ay! ¡qué queda  
Ya á mi dolor? ¡faltaste, mi señora?  
¡Cómo la voz del sentimiento yeda!  
Allá volaste al cielo á ser aurora,  
Dejando en llanto y sempiterno olvido  
Esta alma triste, que tu ausencia llora.  
¡Qué! ¡ni mi dulce amor te ha detenido,  
Ni la amarga orfandad en que me dejas?  
¡Tan mal, querida Fílis, te he servido?  
¡Así de este infeliz, así te alejas?  
Vuelve, adorada, vuelve á consolarme;  
No más desdeñes mis dolientes quejas,  
Pero tú no pudiste abandonarme;  
El golpe de la muerte, el golpe fiero  
Sólo de tí, mi bien, logré apartarme.  
¡Oh muerte! ¡muerte! ¡oh golpe lastimero!  
¡Ay! ¡sabes, despiadada, lo que hiciste...?  
De todos tus delitos el postrero.  
¡A quién con mano bárbara rompiste  
El feliz hilo de la tierna vida,  
Y en el sepulcro despiadada hundiste?  
¡A Fílis! ¡á mi Fílis! ¡mi querida,  
Mi inocente zagala! Su ternura  
¡En qué ofenderte pudo, fementida?  
¡No te movió sn angélica hermosura

(1) «Tengo sobre la mesa una larga elegía de Batilo á la muerte de otra Fílis, ninfa del Manzanares. Está llena de furor poético y de la dulzura genial de este precioso jóven, en cuyo elogio compuso aquel deliciosísimo militar (Cadalso) una hermosa canción.» (Carta de fray Diego, González al padre Miguel de Miras, escrita en Febrero de 1776. Autógrafos de la colección del Marqués de Pidal.)

A que no mancillases insolente  
Tan delicada flor en su alba pura?  
Jamás yo te creí tan inclemente;  
Mas este golpe, golpe lamentable,  
¡Oh cuán á costa mia me desmiente!  
¡Oh dura mano! ¡oh bárbara, implacable!  
¡A quién, clamo sin fin, tu saña fiera  
Hirió con su guadaña abominable?  
¡A Fílis! ¡á mi Fílis...! ¡y esto espera  
A inocencia y amor, mientras riendo  
Eterno un siglo la maldad prospera!  
Huye, inhumana, al Tartaro tremendo;  
Y en sus abismos húndete entre horrores,  
Húndete, oh monstruo, tus hazañias viendo....  
Deliro en mi pasión, y mis dolores  
Crecen, inmensos como el mar; ¡cuitado!  
¡Qué he de hacer sin mi bien, sin mis amores?  
¡Que ya no gozaré su alegre lado!  
¡Ni oíré más sus suavísimas razones!  
¡Ni he de ver de su rostro el tierno agrado!  
¡Sus ojos, imán de corazones,  
Aquellos ojos cuya lumbré clara  
Tras sí arrastraron tantas atenciones!  
¡Y aquel cuello, aquel talle, aquella rara  
Gracia que en noche eterna se oscurece!  
¡Ay muerte dura, de mi bien avara!  
Lloro, y llorando mi tormento crece;  
Pero ¡qué mucho, si en mi acerba pena  
Todo el orbe dolido se estremera!  
Con horrisono silbo el aire suena,  
Ni el agua corre ya como solía,  
Ni la tierra es fructífera ni amena;  
Ni arbolado asoma el albo día,  
Ni en la cima es del cielo el sol fulgente,  
Ni la luna en la noche húmida y fría,  
El Tórmes el raudal de su corriente  
Detiene por seguir mi amargo llanto,  
De cipres coronada la ancha frente;  
Con lúgubre aparato y triste canto  
De sus ninfas el coro le rodea;  
¡Ay cuál doblan sus voces mi quebranto!  
No ya el nácar sus cuellos hermosa,  
Ni sembrado de perlas y corales  
Su cabello en los hombros libre ondea.  
Mustio taray y tocas funerales  
Hoy visten todas por la Fílis mia,  
De su agudo pesar ciertas señales.  
¡Oh! cuál con ellas yo la vi algún día  
Del seco Agosto en la enojosa llama  
Triscar alegre en la corriente fría!  
Hoy en llanto su pecho se derrama,  
Y con doliente lúgubre alarido,  
Cual si la oyese, cada cual la llama.  
El raudal Tórmes con mortal quejido  
También las acompaña, y su lamento  
Mercede de Neptuno ser oído;  
Neptuno, el que del húmido elemento  
Modera la soberbia impetuosa,  
Ocupando entre dioses alto asiento;  
El que con voz y diestra poderosa,  
Con su tridente en carro de corales,  
Alza ó calma su furia sonora,  
Retrajo el curso á repetir mis males,  
Y en ronco són los horribidos tritones  
Dieron de su dolor ciertas señales (1).  
Del húmido palacio los salones  
Retumbaron con fúnebres gemidos,  
Y temblaron columnas y artesones.  
Las focas y delfines doloridos  
En rumbo incierto tras su dios vagaban,  
De tan nuevos prodigios aturdidos;  
Y como que asombrados, preguntaban:  
«¡Qué horror es éste y doloroso estruendo!»

(1) Este verso es muy semejante á este otro de uno de los tercetos anteriores:

De su agudo pesar ciertas señales.

Es patente que MELENDEZ escribía con fatiga y sin espontaneidad estas elegías, en las cuales un sentimentalismo falso, amanerado y palabrero reemplaza, por lo común, la expresión sincera del dolor verdadero.

Y los miseros llantos remedaban,  
Las colas escamosas revolviendo,  
Y en las certleas ondas excitando  
Desapacible són, ronco y horrendo.  
Por las vecinas playas lamentando,  
Sonaban de otra parte los zagales  
En tristes coros el desastre infando.  
Mas ¡ay! ¡ay! que sus cantos á mis males  
En nada alivio dan; mas ántes crecen  
En mis ojos dos fuentes inmortales;  
Que si ya, gloria mia, no merecen  
Estar colgados de tu faz suave,  
Mejor en ciego llanto así fenecen.  
¡Oh dolor sobre todos el más grave!  
¡Oh sombra! ¡oh fugaz bien! ¡incierta vida!  
Quien en tí se confía, poco sabe;  
Apénas apareces, ya eres ida,  
Dejando la esperanza en tí fundada  
Cual mustia flor del vástago partida.  
¡Quién pudiera decirme que mi amada,  
Mi tierna palomita, de repente  
Así del seno me sería robada,  
Cuando á aguardarla fui junto á la fuente,  
La tarde ántes del aciago día,  
En la márgen del Tórmes trasparente?  
¡Cómo me recibí! ¡con qué alegría,  
De mí burlando, mi temor culpaba,  
Y fiel su eterna llama me ofrecía!  
¡Con qué halagüeños ojos me miraba,  
Y con cuántos dulcísimos favores  
Mis dudas, mis zozobras alentaba!  
¡Oh mi acabado bien! ¡oh mis amores!  
¡Quién entonces creyera tal fracaso,  
Ni tras ventura tal estos dolores?  
¡Riéndote la vida al primer paso,  
¡Quién recelara que su luz temprana  
Corriera así tan súbito á su ocaso?  
Contino, Fílis, de mis ojos mana  
Un mar de ardiente lloro, ¡ay sin ventura!  
Aciago fruto en mi esperanza vana.  
Su eterna ausencia mi dolor apura;  
Y el no haberla ¡ay de mí! jamás pensado,  
Dobla al misero pecho la amargura.  
Bien debí, puesto que me vi encumbrado  
A lo sumo del bien que en hombre cabe,  
Temblar el triste fin en que he parado.  
Pero ¡quién con amor temerlo sabe,  
Ni entonces hace del agüero cuenta,  
Ni del buho que suena aciago y grave?  
En vano desde el roble en que se asienta,  
Anuncia la corneja el caso triste,  
Que á un pecho con pasión nada amedrenta.  
¡Tú, Batilo infeliz! volar la viste  
La noche en que enfermó tu Fílis amada,  
Y su fúnebre voz seguro oíste.  
Acuérdome también que á la alborada,  
Dejando ya paciéndo mi ganado,  
A hablarla fuera en su feliz majada,  
Y vi un lobo feroz haber robado  
Una mansa cordera, blanca y bella,  
Que devoraba sobre el fresco prado.  
Corrí, compadecido, á socorrerla;  
Y súbito.... á mis ojos.... ¡qué portentoso!  
En humo denso se me huyó con ella.  
Yo hasta aquel punto de temor exento,  
Del espantable caso sorprendido,  
Caí sobre la hierba sin aliento.  
¡Oh qué de tiempo estuve allí tendido!  
Y cuando, ya en mi acuerdo, hubo tornado  
¡Ay! á llorar en tanto mal sumido,  
Sin poder proseguir lo comenzado,  
Y atómico de ver prodigios tales,  
Volví, lleno de horror, á mi ganado.  
Allí luego encontré nuevas señales  
Que algún terrible caso me anunciaban,  
Agüeros ciertos de mis crudos males.  
Mis mansas ovejillas se espantaban,  
Y cual si las siguiera un lobo fiero,  
Girando en torno del redil, balaban.  
A un lado oí quejido lastimero;  
A examinarlo corro.... y de repente....  
¡Callarélo, ó diré tan triste agüero!

Vi dividida por agudo diente  
La corderita á Filis prometida,  
Que mi mano cuidaba diligente.  
Al pié de ella la madre dolorida  
Con débiles balidos la lloraba,  
Queriendo con su aliento áun darle vida.  
Entónces yo sentí que me apretaba  
El corazón un miedo desusado,  
Y trémulo mil males me anunciaba.  
¡Oh mi Fili! ¡oh mi bien! ¡oh desgraciado!  
¿Qué pudieron decirme estos agujeros?  
¿Que era ya de tu vida el fin llegado?  
¿Que esto anunciaban los prodigios fieros,  
Y esto la triste ave y la cordera?  
¡Ay, acabados gustos verdaderos!  
¡Vida fugaz, cual sombra pasajera!  
Ya á la mia no queda sino llanto,  
Prueba áun bien débil de mi fe sincera.  
Creceá inmenso mi mortal quebranto,  
Hasta que huyendo este nublado suelo,  
En lazo á tí me una eterno y santo.  
Ni ¡oh mi luz! pienses que jamás consuelo  
Hallar podrá mi espíritu abatido;  
Que en tí el bien me dejó con presto vuelo.  
Y en lágrimas y penas semergido,  
Tú imagen sola, cada vez más viva,  
Mi pecho ocupa, de su amor herido.  
La horrible Parca, que de tí me priva,  
La ansia no apagará con que él la adora,  
Que su llama en tu falta más se aviva,  
Y acuerda al alma triste en cada hora  
Tu dulcísimo amor, tu fe sincera;  
¡Ay cuál padezco, y se me parte ahora!  
La tierna débil voz, la voz postrera  
Que en tu labio sonó ya moribundo,  
Jamás podré olvidarla, aunque yo muera.  
Pues ¡qué si el espectáculo profundo  
Se me presenta de tu muerte aciagal  
En un mar de mis lágrimas me inundo.  
Deja, mi amor, que en ellas me deshaga,  
Y que en largos suspiros exhalado,  
Mi espíritu á sus ansias satisfaga.  
Páreceme mirarte en el entado  
Trance de la postrera despedida,  
Débil la voz, el rostro demudado,  
Del todo casi ya desfallecido,  
Fijos en mí con gesto lastimero  
Los ojos, y su luz oscurecida,  
Diciéndome: **BATILLO, YO ME MUERO;**  
Y al quererme abrazar áun débilmente,  
En mi boca lanzando el *ay* postrero.  
¡Oh dolor! ¡cuánto estabas diferente  
De aquella que ántes por tus gracias fuiste  
El milagro de amor más reverente!  
¡Oh, no me alijas más, memoria triste!  
Deja, deja acabarme en mi amargura;  
Yo iré presto, mi bien, do tú subiste.  
Mi fe, mi firme fe te lo asegura;  
No puedo ya vivir de tí apartado,  
Que el ansia de te ver mi vida apura.  
Entónces de temores sosegado,  
En lazo ardiente, casto, verdadero,  
Por siempre á tí me gozaré ayuntado.  
¡Ay! ¡qué en la tierra, miserable, espero!  
¡Muerte cruel, tan pronta con mi amada,  
En mí ejecuta, en mí, tu golpe fiero!  
Arráncame esta vida quebrantada;  
Llévame con mi Filis al sosiego  
De que el ánima está necesitada.  
Muévante, oh cruda, mi infelice ruego,  
La vida que aquí paso dolorosa,  
Y el largo llanto con que el campo riego.  
No pienses, no, mostrarme rigurosa,  
Mi pecho hiriendo, en ansias abismado,  
Que ántes serás en tu rigor piadosa;  
Pues yo, de alivio ya desesperado,  
Ni curo tener cuenta con mi vida,  
Ni un breve alivio á mi infeliz cuidado,  
Mis lágrimas son siempre sin medida,  
Y en los suspiros con que canso al cielo,  
El alma se me arranca dolorida;  
Ni para alimentarme hallo consuelo,

Ni es otra mi bebida que mi llanto,  
Ni del sueño me alivia el vago vuelo;  
Pues cuando al fin, rendido en mi quebranto,  
Entre sus blandas alas me adormece,  
Despavorido al punto me levanto;  
Que mil sombras trisísimas me ofrece,  
Tendiendo yo la mano, arrebatado,  
Al bien que niebla vana desaparece.  
Tal es de mí vivir el triste estado;  
Huyendo en torva faz siempre las gentes,  
Y de ellas por sin seso baldonado;  
Sólo en mis ovejillas inocentes  
Compasión halla mi amoroso anhelo,  
Si es que cabe en mis ansias inclementes.  
Ellas solas me siguen en mi duelo,  
Y en torno rodeándome apiñadas,  
Doblan con su balar mi desconsuelo.  
Las que tuve á mi Filis destinadas,  
Todas, sin quedar una, han fenecido;  
¡Ay corderas cual ella desgraciadas!  
A las otras el prado florecido  
Jamás mueve á pacer, aunque acabando  
Las miro con tristísimo balido.  
Aquí las tiernas crias van quedando,  
Las madres allí caen sin aliento,  
Todas en cuanto mueren suspirando;  
Mientras Melampo fiel su sentimiento  
Me muestra lastimado en ronco aullido,  
Los pies me lame, y me contempla atento.  
O ya el camino corre conocido  
Que á la majada de mi Filis guía;  
Torna, se pára, y cae sin sentido.  
Su compasión enciende el alma mia;  
¡Oh! fenezca esta vida desastrada,  
Que de ir á acompañarte me desvia.  
¡Oh mi bien! ¡mis amores! ¡oh eclipsada  
Lumbre de estos mis ojos! ¡mi consuelo!  
¡Rosa en Abril florido marchitada!  
Llévame donde estás con presto vuelo;  
Acabe, acabe mi mortal quebranto,  
Y allá te abraze en el sereno cielo.  
Pídeselo con ruego y tierno llanto  
A aquel que inmóvil ve desde su altura  
Mi firme amor y mi deseo santo.  
Entónces sí que libre de amargura,  
Mi alegre suerte con la tuya uniendo,  
Gozaré el lleno bien que acá me apura.  
Entónces sí que el alma, en tí viviendo,  
Se adornará feliz en paz gloriosa,  
Sus finas ansias coronadas viendo;  
Y con habla dulcísima y sabrosa,  
Conversando contigo mano á mano,  
Podrá llamarse sin temor dichosa.  
¿Qué! ¡no te mueve mi dolor insano?  
¿De tu Batillo, Filis, ya te olvidas?  
¿Su voz desdenas? ¿su clamar es vano?  
¿Dó están las voluntades tan unidas?  
¿Dó están?... Mas no se cuida allá en el cielo  
De las cosas viviendo prometidas;  
Y ya en paz alma, roto el mortal velo,  
De un infeliz en su dolor perdido  
Tú las ansias no ves ni el desconsuelo;  
Mientras sobre tu losa aquí tendido  
Yo besándola estoy sin apartarme,  
Ni templar ¡ay! el misero gemido,  
Hasta que mi dolor llegue á acabarme,  
Y suba, en vuelo alegre arrebatado,  
Donde pueda por siempre á tí juntarme,  
Y gozar tu semblante regalado.

**EPITAFIO DEL SEPULCRO DE FILIS.**

La gracia, la virtud y la belleza,  
La fe y el corazón más inocente,  
Y el milagro más raro de ternura  
Que amor hará sonar de gente en gente,  
Yacen debajo de esta triste losa,  
Do la sombra de Fili en paz reposa.

**SONETO RENUNCIANDO Á LA POESÍA DESPUES  
DE LA MUERTE DE FILIS.**

Quédate á Dios, pendiente de este pino,  
Sin defensa del tiempo á los rigores,

Oftara en que canté de mis amores  
Las gracias y el ingenio peregrino.  
Guárdala, oh tronco, que honras el camino,  
Por muestra de la fe de dos pastores,  
Do puedan cortesanos amadores  
Tomar lecciones de un amor divino.  
Mientras la oyó viviendo mi señora,  
Con cuerdas de oro resonar solía,  
Y fieras crudas amansó su canto;  
Ya que el alma feliz los cielos mora,  
Y en esta tumba su ceniza fría,  
Cesen los versos, y principie el llanto.

**ELEGÍA III.  
LA PARTIDA.**

En fin voy á partir, bárbara amiga,  
Voy á partir, y me abandono ciego  
A tu imperiosa voluntad, lo mandas;  
Ni sé, ni puedo resistir; adoro  
La mano que me hiera, y beso humilde  
El dogal inhumano que me ahoga.  
No temas ya las sombras que te asustan,  
Las vanas sombras que te abulta el miedo  
Cual fantasmas horribles, á la clara  
Luz de tu honor y tu virtud opuestas,  
Que nacer sólo hicieran.... En mi labio  
La queja bien no está; gima y suspire;  
No á culpar tu rigor de los instantes  
Del más ardiente amor tal vez postreros,  
Tú, de tí misma juez, mis ansias juzga;  
Mi dolor justifica, á mí no es dado  
Sino partir. ¡Oh Dios! ¡de mí inefable  
Felicidad huir! ¡en mis oídos  
No sonará su voz! ¡no las ternezas  
De su ardiente pasión! ¡mis ojos tristes  
No la verán, no buscarán los suyos,  
Y en ellos su alegría y su ventura!  
No sentiré su delicada mano  
Dulcemente tal vez premiar la mia,  
Yo estático de amor.... ¡Bárbara! ¡injusta!  
¿Qué pretendes hacer! ¡qué placer cabe  
En afligir al mismo á quien adoras,  
Que te idolatra ciego! No, no es tuyo  
Este exceso de horror: tu blando pecho,  
De dulzura y piedad á par formado,  
No inhumano bastará á concebirlo.  
Tu amable boca, el órgano suave  
De amor, que sólo articular palabras  
De alegría y consuelo ántes supiera,  
No lo alcanzó á mandar. Si; te conozco,  
Te justifico, y las congojas veo  
De tu inocente corazón.... Mi vida,  
Mi esperanza, mi bien, ¡ah! ve el abismo  
Do vamos á caer; que te fascinas;  
Que no conoces el horrible trance  
En que vas á quedar, que á mí me aguarda  
Con tan amarga arrebatada ausencia.  
No lo conoces, deslumburada; en vano,  
Tranquila ya, despavorida y sola  
Me llamarás con doloridos ayes.  
Habré partido yo; y el rechimido  
Del eje, el grito del zagal, el bronco  
Confuso són de las volantes ruedas,  
A herir tu oído y afligir tu pecho  
De un tardío pesar irán agudos.  
Yo entre tanto abatido, desolado,  
A tu estancia feliz vueltos los ojos,  
Mis ojos ciegos en su llanto ardiente,  
Te diré adiós, y besaré con ellos  
Las dichosas paredes que te guardan,  
Mis fenecidas glorias repasando,  
Y mis presentes invencibles males.  
¡Ay! ¡dó, si un paso das, donde no encontres  
De nuestro tierno amor mil dulces muestras!  
Entra aquí, corre allá, pasa á otra estancia;  
Aquí, ellas te diran, se postró humilde  
A tus piés, y la mano allí le diste;  
Allá, loco en su ardor, corrió á tu encuentro;  
Y allí le viste en lágrimas bañado,  
En lágrimas de amor; con mil ternezas

Más allá fino te ofreció su llama;  
Y al cielo hizo testigo, y los luceros,  
De su lazada eterna, indisoluble.  
En la noche feliz.... Sedlo, fulgentes  
Antorchas del Olimpo, y tú, callada  
Luna, que atiendes mis sentidas quejas,  
Y ántes mi gloria y sus finezas viste,  
Sedlo; y benignas en mi amarga suerte  
Ved á mi amada, vedla, y recordadle  
Su santo indisoluble juramento.  
Vedla, y gozad de su donosa vista,  
De las sencillas animadas gracias  
De su semblante. ¡Oh Dios! yo afortunado  
Las gozaba también; su voz oía,  
Su voz encantadora, que elevada  
Lleva el alma tras sí; su voz, que sabe  
Hacer dulce hasta el *no*, gratas las quejas.  
¡Oh, qué de veces de sus tiernos labios  
Me enajenó la placida sonrisa,  
Las vivas saks y hehiceras gracias!  
¡Oh qué de tardes, de agradables horas  
De nuestra dicha hablando, instantes breves  
Se nos huyeran! ¡qué de ardientes votos!  
¿Qué de suspiros y esperanzas dulces  
Crédulas nuestras almas concibieron,  
Y el cielo hoy en su cólera condena!  
¿Qué proyectos formáramos....! Mi vida,  
Mi delicia, mi amor, mi bien, señora,  
Amiga, hermana, esposa, ¡oh si yo hallara  
Otro nombre áun más dulce! ¿qué pretendes?  
¿Sabes dó quieres despeñarme? Espera,  
Guarda pocos días; no me ahogues;  
Después yo mismo partiré; tú nada  
Tendrás que hacer ni que mandar; humilde  
Correré á mi destierro y resignado.  
Mas ora, ¡irme! ¡dejarte! Si me amas,  
¿Por qué me echas de tí, bárbara amiga!....  
Ya lo veo, te canso; cuidadosa  
Conmigo evitas el secreto; me huyes;  
Sola te asustas y de todo tiembles.  
Tu lengua se tropieza balbuciente,  
Y embarazada estás cuando me miras.  
Si yo te miro, desmayada tornas  
La faz, y alguna lágrima.... ¡oh martirio!  
Yo me acuerdo de un tiempo en que tus ojos  
Otros, ¡ay! otros eran; me buscaban,  
Y en su mirar y regaladas burlas  
Alentaban mis tímidos deseos.  
¿Te has olvidado de la selva hojosa,  
De huyendo veces tantas del bullicio,  
En sus oscuras solitarias calles  
Buscamos un asilo misterioso,  
Do alentar libres de mordaz censura?  
¿Qué sitio no oyó allí nuestras ternezas?  
¿No ardió con nuestra llama? Al lugar corre  
Do reposar solíamos, y escucha  
Tu blando corazón; si él mis suspiros  
Se atreve á condenar, dócil al punto  
Cedo á tu imperio, y parto. Pero en vano  
Te reconvengo; yo te canso; acaba  
De arrojarme de tí, críel.... Perdona,  
Perdona á mi delirio; de rodillas  
Tus piés abrazo y tu piedad imploro.  
¡Yo acusar tu fineza!.... Yo cansarte,  
A tí, que me idolatras.... no: la pluma  
Se deslizó; mis lágrimas lo borran.  
¡Oh Dios! yo la he ultrajado: esto restaba  
A mi inmenso dolor. Mi bien, señora,  
Dispon, ordena, manda: te obedezco;  
Sé que me adoras; no lo dudo; humilde  
Me resigno á tu arbitrio.... El coche se oye,  
Y del sonante látigo el chasquido,  
El ronco estruendo, el retañir agudo  
Viene á colmar la turbación horrible  
De mi agitado corazón.... Se acerca  
Veloz y pára; te obedezco y parto.  
Adios, amada, adios.... el llanto acabe;  
Que el débil pecho en su dolor se ahoga.

## ELEGÍA IV.

## EL RETRATO.

¡Si es él, Amor! ¡qué trémula la mano  
Rompe el último neta! me lo anuncia  
Con zozobra feliz saltando el pecho.  
No, no puedo dudarlo: el importuno  
Velo cayó: tu celestial imagen,  
Tu suspirado don... mi amante boca  
Con mil ardientes besos, mi llagado,  
Mi triste corazón con mil suspiros,  
Ambos á par lo adoren, y el tributo  
Primero denle de mi tierno pecho.  
¡Milagro del pincel, amable copia  
Del más amable objeto! ciego torno  
A besarte otra vez; ojos, gozadla;  
Sáciate, corazón... no estás ausente.  
Ingenioso su amor buscarte supo,  
Supo templar de su cruel imperio  
El áspero rigor, y fino hallarte.  
De tu ternura celestial, oh amada,  
Oh mitad de mi vida, tal milagro  
De cariño esperaba mi deseo;  
Llegó, y puedo contigo consolarme,  
En mi inmenso penar gemir contigo,  
Y en tu seno lanzar la ardiente vena  
De lágrimas que inundan mis mejillas  
En tan mortal insoportable ausencia.  
Sí, amada, ya te tengo: ya en mi pecho  
Fino te estrecharé; mis tristes ojos  
Te ven, el fuego de los tuyos sienten,  
Y mis manos te tocan, y mis labios  
Pueden saciarse de oprimirte finos,  
Y mis suspiros animarte, y toda  
Inundarte en mis lágrimas ardientes.  
Las sientes, ¡y no lloras! ¡a mis ayes  
Dolientes, ¡ay! los tuyos no responden,  
Y á mis quejas y miseros gemidos!  
A ti me vuelvo desolado, te hablo,  
¡Y muda está tu cariñosa lengua!  
Clori, Clori, mi bien... ¡Loco deseo!  
¡Fantástica ilusión!... A sombras vanas,  
A un mentido color prestar quería  
La vida, el fuego, la expresión, las sales  
Que al prototipo celestial animan.  
¡Oh, cómo, cómo en este punto siento  
De mi suerte el horror, el hondo abismo,  
Do sepultado y sin consuelo lloro!  
¡Ausencia! ¡ausencia! arráncame la vida;  
No de ilusión en ilusión me lleves;  
Un breve plazo tus dolores templas,  
Y tornas luego, y más cruel divides  
En partes mil mi lastimado pecho.  
¡Ay! un instante en mi ilusión creía,  
Mirando absorto el celestial trasunto,  
Que mis ternezas, mis sentidos ayes  
Halagüena escuchabas; que tus labios  
Se desplegaban en amable risa;  
Que al esplendor del animado fuego  
En que tus ojos agraciados lucen,  
La llama se alentaba de los míos;  
Y que amor coloraba tus mejillas,  
Dulce señuelo á mi sedienta boca;  
O el elástico seno conturbaba  
En grata ondulación... Me precipito  
Frenético en mi error... Clori, tu imagen  
Helada me recibe; no, no siento  
Así cual tú... el encanto lisonjero  
Se desvanece, y á una sombra abrazo,  
Muda y sin alma, y una sombra oprimo,  
Y una sombra acaricio, y mil finezas  
Loco le digo, y que responda anhelo.  
¡Ay! eres tú, adorada, ¡y callas tibia,  
Y á mi llanto tus lágrimas no corren!  
¡Por qué insensible á mis cariños eres,  
Y eres de nieve al fuego en que me abraso!  
¡Por qué en los ojos la inquietud graciosa,  
El vivaz sentimiento, la ternura,  
El delicioso hechizo hallar no puedo,  
Que en los tuyos de amores me embriagan!  
Háblame, idolatrada, ó no me burles,  
Cual si á abrir fueras cariñosa el labio;

O en su mirar donoso tus pupilas  
Se animen, ó falaces no remedes  
Otras, do Amor su trono soberano  
Sentó, y se gozan las sencillas Gracias.  
No tu nevado torneado cuello  
Inmóvil yazca; vuélvase y recline  
En mi seno amoroso esa cabeza  
Que enhiesto apoya, y gócame dichoso  
Cual veces tantas en su dulce peso.  
Sienta tu pecho; á la ternura se abra;  
Abrase al blando amor, y arda y palpite,  
Y en plácida efusión al pecho mio  
Haga correr el celestial encanto  
De su angélica llama, de los puros  
Afectos más que humanos que en sí abriga;  
O el lácteo pecho de mi bien no mienta,  
Do todo es suave amor, dulzura todo,  
Sencillez tierna y cariñosas ansias,  
Placer, transportes, éxtasis, delicias.  
No la alba mano el abanico agite  
En juego inútil, ó mi dócil cuello  
En torno ciña en lazo venturoso;  
Indisoluble lazo en que añudará  
Nuestras almas el cielo para siempre;  
O cual un tiempo cariñosa oprima  
Mi palpitante corazón, y sienta  
El fuego asolador que le consume.  
¡Ah mano! ¡hermosa mano! el pincel rudo  
Trasladar quiso en vano tus contornos,  
Tu gracia, tu candor... De mármol era  
Si viéndola el artista... No, profano;  
Mis labios sólo tributarla deben,  
En su delirio idolátraras, el culto  
Que le ha votado amor; tu nieve y rosa  
La manchan, no la tocan: ¡ay! ¡qué digo!  
La menor de sus partes ¡puede acaso  
Remedar el pincel? Débil el arte,  
¡No cede á empresa tanta y se confunde?  
¡Esas cejas sin alma, es esa frente  
La tuya, Clori mía! ¡son tus labios  
Festivos, purpurantes, halagüenos,  
Estos labios helados! ¡las mejillas  
Son la leche y carmin en deliciosa  
Mezcla deshechos, como tú los llevas  
En tus llenas mejillas sonrosadas!  
¡Y tu seno y tu tez, y el suave agrado  
De tu semblante, y la donosa gracia  
De tus razones...! ¡qué violenta hoguera  
Circula por mis venas...! ¡qué suspiros  
Se exhalan, sin sentirlo, de mi pecho!  
¡Cómo agitado el corazón palpita!  
Con frenética sed me precipito  
Sobre tu imagen muda... Irresistible  
La mágica virtud de tu presencia  
Me arrastra... desfallecen mis rodillas...  
Cubren mil sombras mis llorosos ojos...  
Un ardor... un ardor... mi bien, mi gloria,  
Clori, amor, vida, esposa, ¡oh si pudiese  
Llegar á ti la conmoción que siento,  
Y este torrente de delicias puras  
En que sin seso en mi ilusión me inundo!  
¡Si á ti alcanzasen mis dolientes ansias,  
Mis sollozos, mis ayes, los furoros  
De mi delirio infausto! ¡si escuchases  
La inmensa copia de ternezas que hablo  
A tu divina imagen...! Tus mejillas  
Y tu frente y tus ojos y tu boca,  
Y cuello y pecho, y toda tú abrasada  
Al fuego de mis ayes encendidos,  
Y en mi llanto inundada te hallarías...  
¡Por qué estos cultos á una imagen muda  
Se habrán de tributar! Vén, vén, amada,  
A recibirlos, vén en los transportes  
Del más violento amor; no se profanen  
En una helada inanimada sombra;  
Vén luego, vén, y unámonos por siempre,  
O á mí me deja en tus amantes brazos  
Fino volar, y colma mi ventura.  
Una palabra, una palabra sola...  
Dila, y feliz recibirá los cultos  
Que idolátrara tributo á tu retrato.  
El entre tanto sobre el pecho mio

Será alivio á mis penas, compañero  
De mi destierro, inapreciable joya  
De tu firmeza; y suplió ¡ay! en vano  
De su divino original la ausencia.

## SILVAS.

## SILVA PRIMERA.

## EL PALOMILLO (1).

¡Ay, cómo el palomillo enamorado,  
Del dulce amor tocado,  
Corre tras su paloma,  
Y con giros amantes la rodea!  
Cómo el triste rastrea,  
Cómo pára y asoma,  
Y en lascivos arrullos susurrante,  
Ya la sigue constante,  
Ya pára, suspendido,  
Ya torna á su quejido,  
Ya vuelve á las caricias,  
Prometiéndole de amor dulces delicias.  
Entre arrullos síaves  
Llámalas, y porque tarda, en penas graves  
Furioso en torno de ella da mil vueltas,  
Las esplendentes plumas desenvueltas  
Del cuello luminoso y matizado,  
Las blandas alas sueltas,  
Los rutilantes ojos encendidos,  
Embístela, de amor arrebatao,  
Con mil tiernos quejidos.  
Mas la paloma esquiva le resiste;  
El vuelve, no desiste,  
Y amante la rodea,  
Arrulla, y con su arrullo la recrea,  
Desplegadas las alas la arremete,  
La cola barré el suelo,  
Da al rededor un vuelo,  
Y de nuevo victoria se promete.  
Cuando el amor á la paloma tira  
Una encendida vira,  
Ella el golpe en el pecho siente luego,  
Y arde en lascivo fuego,  
Que á la garganta suave  
Sale en acento grave.  
No ya del palomillo se desvía,  
Por mucho que él porfía;  
Mas se pára y le llama  
A que apague aquel fuego;  
El corre al dulce ruego,  
Ardiendo en igual llama,  
Y sin más detenerse,  
Por los picos unidos  
El tierno corazón quieren beberse,  
Y luego, despreñidos,  
Gozan con mil caricias  
Los gustos del amor y sus delicias.

## SILVA II.

## EL SUSPIRO.

Fany, Fany, ¡qué es esto? ¡tú suspiras!  
¡Tú en quejidos dolientes  
Tornas la voz graciosa,  
Delicia de mi ser, gozo del suelo!  
¡Tú al cielo triste y desolada miras,  
Y consternada, misera, llorosa,  
En ayes más ardientes  
Te vuelves á angustiar! ¡La calma pura  
De tu pecho dó está? ¡Quién su ventura,

(1) Esta silva no fué publicada en las obras de MELÉNDEZ.  
Se imprime ahora, tomando por original una copia que envió fray  
Diego Gonzalez á fray Miguel de Miras, con estas palabras:  
«Creo que no dejará de gustar en Sevilla *El Palomillo*, el cual, si  
se limara y aseara un poco más, pudiera tal vez competir con *El  
Pajarillo*, de Villegas.»

Su grato olvido, su quietud gloriosa  
Pudo anublarlos? ¡quién...? Benigno el cielo  
Nos ríe idolatrada,  
Y en fausta unión dulcísima lazada,  
Que apuremos Citeres las delicias  
De su imperio nos da. Nuestra fineza,  
Nuestro embeleso y votos y caricias,  
¡Pueden, Fany, crecer! ¡Más mi ternura  
Ser puede? ¡más la llama!  
Que mi fiel pecho, que tu pecho inflama!  
¡Y suspiras, mi bien! ¡oh, que no sabes  
Cuánto al Amor desconocida ofendes!  
¡Cuál con un ay me enciendes!  
¡Cuál me afliges, cruel! cada suspiro  
Loco me vuelve, el corazón me abrasa;  
Cada mirada el alma me traspasa,  
Y en cada ¡ay! tuyo fenecer me miro.  
Sí, Fany, sí; que el aura deliciosa,  
Afable, tierna, plácida, que un día  
Entre aromas y néctares síaves  
Tu apasionado seno despedía,  
Y mi boca tal vez robó dichosa  
Los suspiros ardientes,  
Los gratísimos ayes que apenas  
Tu lengua regalada  
En los transportes del amor más fino,  
Sonaba, herida de su ardor divino;  
Hoy de las penas, de las ansias graves,  
De las zozobras que en el alma sientes,  
Son efecto infeliz... ¡Desventurado!  
Ni aun ya dudarle á mi dolor es dado.  
Tus ojos, tu tristeza, tu caído  
Semblante, de llorar desfallecido,  
Tu débil anhelar, ese quedarse  
Cual muda estatua, y súbito inflamarse  
Cual la grana más viva;  
Ese buscarme y evitarme esquiva,  
Obstinada en callar, todo descubre  
El mal agudo que tu pecho encubre,  
Que sus ternezas ominoso impide,  
Y en partes mil, lidiando, lo divide.  
¡De dó, empero, este mal? ¡qué te desvela?  
¡Qué tiembla ya el honor, ni qué recela,  
Cuando á la sombra de mordaz censura,  
El aura del amor más blanda aspira  
A nuestra feliz llama,  
La luz sucede á la tiniebla oscura  
Y el cielo eterno bien nos asegura!  
¡Mercedá tu ira  
La fe constante que mi pecho inflama,  
Y absorto en tí, de todo me enajena!  
¡Te cansan ya la celestial cadena  
Con que un tiempo se unieron  
Nuestras dos almas, y felices fueron,  
Los dulces himnos que en ternura iguales  
Con los del Teyo, armónica mi lira  
Modular sabe, porque Amor la inspira,  
Y á los dioses te allegan inmortales!  
¡Ay! no; perdon, amada,  
Perdona al dolor mio  
Blasfemia tal, tan ciego desvario,  
Y á tu alma torne la quietud robada.  
No más tu pecho dolorido gima,  
No más el mio oyéndolo se oprima;  
No más... ¡Pero de nuevo,  
Cuánto más fino á consolarte pruebo,  
Vuelves á suspirar sólo al mirarme!...  
De una vez, cruda, acaba de matarme.  
Mas deja en tanto al labio apasionado  
Que tu suspiro celestial aliente;  
Benigna deja que en el hondo seno  
Lo ponga reverente,  
De mil y mil que exhalo, acompañado,  
¡Oh corazón de sus encantos lleno!  
Recíbelo feliz, y en el glorioso  
Trono do reina mi Fany querida,  
Do afable dulces leyes le prescribe,  
Y á par tus votos sin cesar recibe,  
Ponle; y por siempre tu sin par fineza,  
Tu lealtad y desvelo cariñoso,  
Tu ciego ardor, tu voluntad rendida,  
Tu pura fe, tu natural llaneza,